

Desde la Plaza del Castillo

# Nuestros cuarenta duros de la Serie D

En Pamplona, como en las demás poblaciones donde el Banco de España tiene establecidas sucursales, se forma a diario una numerosa cola de tenedores de billetes de cien pesetas. La mayor parte de las personas que figuran y siguen figurando entre los cambiantes de dicho papel-monedá, son séras bien acomodados; personas de desahogada posición económica; gentes a quienes la posesión de media docena de créditos falsificados no les llevaría a un quebranto irremediable. Pero está comprobado por numerosas e inequívocas muestras, que tales sujetos son los que más se desazonan ante los riesgos que amenazan siempre a la propiedad, porque, sin duda, tienen más desarrollado el sentimiento de dominio.

A nosotros, poseedores de dos miserables billetes de la serie D, nos tocó—por nuestra desgracia— formar parte de una esas colas, exhibiéndonos vergonzosamente en plaza pública ante las miradas envidiosas de los felices transeúntes no afectados por la recogida de la emisión de 1906.

De las doscientas personas que aparecíamos en correcta formación a la puerta del Banco de España, tan solo tres o cuatro no denotaban el gesto doloroso y compungido del hombre que al levantarse un día de la cama se le dice:

—¡Id, que ha trabajado sin reposo para ganar unos duros con que poder alimentarse durante el mes, esta expuesto a quedarse sin ellos. Los billetes que representan ese trabajo acumulado no se los tomará el tendero de ultramarinos, ni el panadero, ni la lechera, ni el mozo del café. Tendrá usted que presentarlos en una ventanilla del Banco de España, y si el empleado le manifiesta que son falsos, habrá perdido todo derecho a disfrutar de lo que tan legítimamente le pertenece. Los intereses del Banco son más atendibles que los suyos; más respetables y más sagrados. Las falsificaciones del papel-monedá que el Banco pone en circulación para su particular negocio, no hieren directamente su crédito, ni su solvencia, ni sus intereses; hieren, en primer término, los del ciudadano, que se encuentra de la noche a la mañana despojado de sus ganancias o de sus ahorros, porque unos expertos falsificadores introdujeron en el mercado una determinada cantidad de billetes ilegítimos.

Claro es que usted puede alzarse contra quien le dió esos billetes; pero, los Tribunales no van a condenar al patrono ni al comerciante que se los dió, porque, en fin de cuentas, fueron también víctimas de otro fraude. La Justicia descubrirá a los últimos tenedores de créditos falsos. A quienes probablemente no hallará es a los autores de la estafa.

Todo el mundo tiene el deber inexcusable de cuidar su hacienda para no perderla. "Uan", se nos despoja de algo que nos pertenece, no se nos ocurre presentar una querrela contra el jefe de Policía, ni contra el sereno, ni contra ninguna de las autoridades encargadas de velar por el mantenimiento del derecho de propiedad. Nos resignamos a perder la cosa, si no descubrimos a quien nos la arrebató.

A dicha práctica, sancionada por la costumbre, escapa el Banco de España. A éste lo desvalijan por medio de una hábil falsificación, y aquí estamos nosotros ofreciendo nuestros cuellos al sacrificio, o nuestros billetes para la anulación y el taladreo.

Admitida la posibilidad de que los billetes de Banco puedan falsificarse tan perfectamente que el público o conozca la suplantación, ¿qué medios, qué garantías se le ofrecen para no ser víctima de un engaño?

A nosotros se nos ocurre cierta solución, pero como ahora se ha dado en calificar de arbitristas a los modestos ciudadanos que se permiten opinar acerca de cuestiones que a todos afectan, nos callamos prudentemente, esperando se armonicen los intereses de quienes nos vemos en la necesidad de aceptar, como pago de nuestro trabajo y como signo de intercambio comercial, esos preciosos grabados, verdadera maravilla de estampación litográfica y sembradores de zozobras en el ánimo del desventurado que los posee.

Esto es lo que pensábamos mientras llegaba el instante de cambiar nuestros cuarenta duros, que, afortunadamente, no eran falsos, según dictaminaron los empleados del Banco.

JOSE IRIBARRE.

## "La Voz" en Andoain

### LAS FIESTAS DE SAN JUAN

Durante los días 23, 24, 25 y 26 del actual, y con motivo de las fiestas de San Juan, se celebrarán en esta villa diversos actos profanos y religiosos.

El programa de festejos confeccionado por nuestro Ilustre Ayuntamiento, consta de grandes conciertos, partidos de pelota, juegos de hachas, banquetes, fuegos artificiales y otras clases de diversiones.

Una vez ultimado el programa de fiestas por la Comisión de Festejos, lo remitiré para su publicación.

### DE VERANO

Son ya numerosas las familias que han llegado a esta villa, con objeto de permanecer entre nosotros durante la estación estival, entre ellas, la de don José Elsegui, don Luis Toral, señora viuda de Olariaga, y así como también varios estudiantes, que después de obtener brillantes notas en Barcelona, Zaragoza y Madrid, se encuentran entre nosotros.

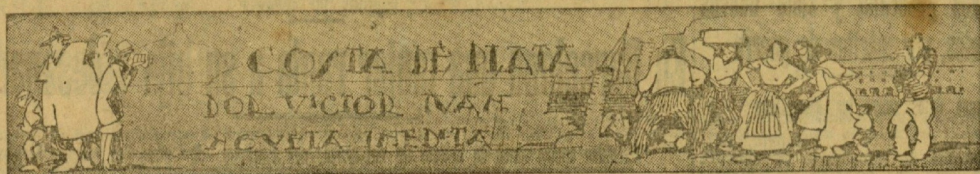
¡NOVIAS! Ved precios para nuestro equipo en EL PARAISO.—Urbiete, 13.

### JOVEN OPERADA

Después de haberle sido practicada felizmente una delicada intervención quirúrgica en la clínica del reputado cirujano, señor Lerebours, ha regresado a esta villa la simpática señorita Carmen Manrique, hija de nuestro apreciable amigo don Eulogio, la cual se encuentra completamente restablecida.—El Corresponsal.

## Vendo

Perro policía, belga. Gallinas y pollos.  
Razón: Teléfono 1-08-27.



blancas, ofreció sus servicios y dió la mano a la rusa para entrar en la lancha, a la que un vigoroso golpe de remos oncazó en el canal; la marea, al bajar, arrastraba suavemente la embarcación hacia la isleta de los Faisanes. En silencio, pasaron bajo los tres puentes tendidos entre Irún y Hendaya, rozando primero al "Mac-Mabón", guardacostas español, y luego al "Javelot", pequeño cañonero francés, incrustado allí durante muchos años, convertida su quilla en un banco de moluscos.

—Mira, Kathinka, este barco; Pierre Loti ha sido su comandante; esta casita blanca con maderas verdes, es suya.

—Es raro que un hombre que ha vivido en los más extraños países del mundo, y que tiene un castillo suntuoso, guste de vivir en este rinconcito de tan simple vida...

—Es que el pueblo vasco es para él y para todo espíritu culto, un pueblo enigmático, interesante.

La barca seguía deslizándose por el agua, de un verde agrisado que reflejaba, en tonos más oscuros, el caserío de Irún y las altas montañas. En medio del río se levantaba una graciosa masa de árboles que parecían colocados artificialmente sobre una alfombra de césped; más de cerca, se veía que a esta isla minúscula se accedía por una ancha escalera de piedra mohosa, junto a la cual atracó la lancha. Subieron del brazo los paseantes, y el barquero se quedó cortando un ramito de laurel y algunas forecillas que ató a la proa. Leyeron la inscripción que recuerda el tratado de paz entre Francia y España, firmado allí con los esposales de Luis XIV y María Teresa. Michel recordó cierto duelo ridículo celebrado en aquel pedazo de tierra internacional, entre Deronléda y Jaurés, asesinado este último al declararse la guerra, por temor a que su influencia sobre los socialistas restara fuerzas a su patria.

Luego, se sentaron en una suave ladera de la isla, frente a la masa del Jaizquibel, sin hablar apenas, hasta que la



montaña fué tomando un color morado sombrío y por encima de su cumbre se pasearon furtivas las postreras luminarias del pálido sol otoñal. En contraste con la oscuridad del contorno, el río se hacía más plateado y destacaba como una bruñida cinta metálica. A poco, la barca volvia la proa hacia Fuenterrabia y delaba los pasajeros al pie mismo del viejo Casino, en una alameda cuyas hojas muertas tapizaban el suelo.

Un tranvía desventajado, tirado por mulas en reata, estaba a punto de salir para Irún. Miguel propuso volver en él.

—No, vete, Miguel. Yo me quedo a probar fortuna y a pasar unos días entre estas viejas calles y esta gente sencilla. Pediré mi equipaje por teléfono al hotel. Te escribiré, ¿quieres?

—¿Para qué, Kathinka? Ya veo que la ruleta puede, más que yo, en su corazón. Adiós.

—No quiero que te vayas enfadado; adiós, no. "Un jour viendré...", llegará un día...

Las mulas dieron un fuerte tirón y la rodante ferralla partió chirriando con sus ejes y castañeando con sus trepidantes vidrieras, llevándose a Miguel entristecido.

### CAPITULO XV

## Fuenterrabia

El Gran Casino es un viejo palacete de dos pisos, cuadrado y algo torcido, con torrecillas en sus esquinas y huecos ojivales con mareas de madera. Esta construcción trivial ocupa un promontorio junto a la puerta abierta en las antiguas murallas, y está rodeada de árboles; una hermosa paulonia extiende sus anchas hojas en un ángulo; las magnolias, los tilos, los viejos troncos negros, ahogados por retorcidas glij-



cinas o vestidos con apretadas hiedras, disimulan lo feo de la construcción agravada por añadidos de cemento armado y disparatados pintarrajos. Detrás de la casa, el jardín está limitado por una barandilla de piedra, hermoso balcón ante el que se despliega la costa vascofrancesa, desde la desembocadura del Bidasoa hasta el promontorio donde asienta el faro de Biarritz, y aun más allá.

En un plano inferior, y oculto entre tapias y follaje, hay un pequeño pabellón deshabitado.

El palacete ha estado cerrado años y años, esperando un comprador; de tarde en tarde, algún extranjero, algún tahur en vena, lo arrendaba para instalar una timba, en la creencia de que su proximidad a la frontera sería circunstancia favorable para ello, como lo fué durante la guerra carlista. Pero la garra potente del Casino de San Sebastián ponía el veto o atraía a los jugadores sin dejar que el de Fuenterrabia más que la hez de las timbas: los manafcos arruinados, los poseteros, los vergonzantes y los tramposos. De esta suerte, el Gran Casino cerraba sus puertas a los pocos meses, y se vendían en pública subasta las modestas banquetas de peluche y los espejos con que cada empresario vestía la casaca.

A poco de estallar la guerra apareció como dueño del Casino cierto "barón Stillman", que se decía inglés. Vivía con él, como esposa, una rubia muy vistosa, de aspecto tan dulce y atrayente como duro y repulsivo era el del barón; tenían un niño pequeño, que una muchachita alemana paseaba en su cochecito, buscando la compañía de los carabineros y marinos que suplían con las manos las dificultades linéarísticas de una "ente" cordial constantemente manifestada. Completaba la familia un criado de color de chocolate, que algunas horas vestía la librea de chófer y otras la salameada casaca azul y los rojos calzones de seda de portero.

Se tiraron algunos tabiques y se añadieron nuevos pegotes de cemento a la construcción primitiva; algunos árboles hermosos fueron también sacrificados para convertir aquella umbría romántica en un "parque a la inglesa"; es decir, en unas tortitas de tierra con césped, ceráneos, margaritas y canas, en cuyo centro un surtidor orinaba un hilo de agua a dos metros de altura. La vieja muralla cubierta de amarillos líquenes, verdes musgos y rosadas saxifrazas, fué blanqueada con cal y adornada con banderas multicolores. Volvieron a traerse nuevas butacas y nuevos espejos. Un hombrecillo grueso y colorado, vestido con mandil y gorro blanco, y unas muchachas del país con vestidillos negros y cortos, se pusieron bajo las órdenes de un "maitre d'hotel" embutido en un frac anticuado; y cuatro jóvenes afeitados y peinados con esmero, de ropa negra y blancas pecheras, de aire achulonado, ocuparon, frente a frente en las mesas de ruleta y de bacarrat, el hermoso puesto de crupier.

El barón iba y venía, con gran frecuencia y amplia libertad, por uno y otro lado de la frontera; gendarmes y policias le saludaban con respeto y se ponían en inmediatamente sus órde-

En la mesa del más humilde ... como en la mesa del potentado se sirve el

## Elgorriaga

chocolate

### Compañía de los Ferrocarriles Vascongados

En el sorteo verificado el día quince del corriente mes, resultaron amortizadas las siguientes obligaciones:

Treinta y cuatro de primera hipoteca de la línea de Bilbao a Durango, números 1.881 a 1.890; 2.631 a 2.640; 4.485 a 4.496; 4.488 a 4.490; 5.671 a 5.674 y 5.676 a 5.680.

Venticuatro de primera hipoteca de la línea de Durango a Zumarraga, números 621 a 630; 1.881 a 1.890 y 4.565 a 4.568.

Cinco de segunda hipoteca de la línea de Durango a Zumarraga, números 912 a 916.

Cuarenta y tres de primera hipoteca de la línea de Elgoibar a San Sebastián, números 1.342 a 1.344; 4.521 a 4.530; 6.111 a 6.120; 7.571 a 7.580, y 7.961 a 7.970.

A partir del día primero de junio próximo se pagará en la Caja de la Compañía (Achuri, número 8), desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde, los cupones de las obligaciones cuyo vencimiento está señalado para dicho día, así como también el importe de las obligaciones que han resultado amortizadas.

Bilbao, 18 de junio de 1927.—El consejero director gerente, Julio de Igartua.

## Dr. E. Polit

OUENDO, 42 :: :: Teléfono 4-12-09  
Consulta de 10 a 12 y media y de 3 a 6  
Especialista en OIDO, NARIZ y GARGANTA